

La Plaza Mayor de Segovia. Imágenes de un espacio vivo.



MVSEO RODERA - ROBLES

SALA DE EXPOSICIONES TEMPORALES

San Agustín, 12

SEGOVIA

DICIEMBRE 2011 - JUNIO 2012



La Plaza Mayor revelada

José María Pérez de Cossío

El edificio en el que se asienta el Museo Rodera Robles, siempre que he disfrutado de su cobijo, me ha despertado una sensación como la de encontrarme en un útero que propiciase temperaturas anímicas de difícil descripción.

Esta constatación me viene ni que pintada para iniciar estas líneas que pretenden acompañar a la colección de fotografías que sobre la Plaza Mayor de Segovia se exponen en él. ¿Por qué? Pues porque, consideraciones biológicas aparte, a mí me parió esta Plaza, que no solamente se limitó a regalarme, como quien amamanta al hambre, el aire y la luz de mi infancia, sino que en un derroche de generosidad, se ha dedicado pacientemente a explicarme geometrías que, a lo largo y ancho de la vida, me han servido para doblar las esquinas sin necesidad de tener que poner el intermitente.

Con sólo unos meses de vida, mis padres decidieron, o fue quizás el destino el que decidió



por ellos, afincarse en Segovia, concretamente en un piso situado en la Plaza del Cuatro de Agosto, hoy llamada del Potro. Es decir en una esquina de la Plaza Mayor. Plaza sobre la que empezaría a hablar y no acabaría. Sin embargo, me he impuesto un límite que, como piloto automático, indique donde debe comenzar mi silencio para que sean las imágenes las que hablen. Máxime cuando son imágenes antiguas, preñadas de sugerencias y con la fuerza necesaria para despertar recuerdos que pellizquen esa parte de la memoria que, rodeada del agua de todo lo que desde entonces ha llovido, se une al continente en el que la vida se va envasando.

Inicialmente fueron los olores que ella me propició los que se me presentan encorvados por un lejano pasado. Estaba yo entonces en la cuna y Juanito *el de la Taurina* regentando un bar que, a





través del patio que compartían las casas, como un incensario laico y cariacontecido por unos lamentables años en los que la escasez se hacía tristeza y la tristeza desgana, esparcía olores a aceitunas y sardinas arenques, enmarcado todo ello por los efluvios de unos vinos que esperaban ser trasegados, escuchando una radio acatarrada, en la que los oyentes pedían coplas con las que felicitar a alguien que lloraba sobre el aparato de radio al sentirse aludido.

Ya con cuatro años me mandaron a un colegio llamado *las Belgas*, sito en la Plaza de La Merced. Todas las mañanas una muchacha que se llamaba Fuencisla, apretaba mi mano enfundada en una manopla que siempre olía a naftalina, y por debajo de los soportales cruzábamos hasta llegar a la entrada de la catedral, para torcer por la calle Marques del Arco, en la que los cuchillos que el viento y el frío afilaban en las cresterías del templo, regalaban pulmonías a quienes carecieran de la fe necesaria para saber que en boca tapada no entra absolutamente nada. Ni tan siquiera el asombro de un niño que caminaba hacia una pizarra en la

que la prosa de la vida comenzaría a latir.

Al hablar de la Plaza Mayor exigiéndome brevedad, se me cruzan las fechas, se enredan los recuerdos, y todo ello configura una experiencia proclive a echarse a rodar, en cuanto se la empuje, por todas las pendientes de las cuentas que, como las de un rosario ebrio de misterios, han desfilado por los dedos de mi corazón. Los calendarios confunden los números del tiempo que enorgullece la fe que del mismo dan. Los pantalones cortos incorporan bolsillos antes de hacerse largos, tal cual la vida se alarga cuando es contemplada con esa aceptación que da la espalda a la nostalgia.

Ante esta tesitura, recorro a un paseo, esquemático y anorético para justificar mi intromisión literaria en esta muestra de fotografías que quizás sean más propensas al silencio que al divagar sobre lo que representan. Ellas muestran lo que muestran, y como en un antiguo escaparate, nos vemos reflejados ante cada una, con distintos cuerpos y almas que los que tuvimos.

La peluquería Palomares, donde me echaban





polvos de talco en el cogote. La tienda de saneamientos de Barrero, mostrando el primer bidé que aterrizó por estos andurriales, por cierto, muy cuestionado por los posibles placeres que pudiera proporcionar a las partes pudendas. La armería *El Carmen*, Caza y Pesca la llamábamos; donde nos apañaban las cañas de pescar con las que en la Alameda intentábamos distinguir los gobios de las bermejas. Los futbolines en los que trenzábamos jugadas para que unos monigotes de madera, con las piernas más tiesas que algunas de las partes del cuerpo con el que nos despertábamos cada ma-



ñana, pegaran unos trallazos en unas porterías que penalizaban los goles con la necesidad de meter otra moneda para que pudiéramos seguir matando el tiempo. La pastelería *Bausa*. El Ayuntamiento con sus guardias en la puerta, saludando como era preceptivo, a quienes, por su cargo, lo merecían. El bar *Negresco*. El bazar *La Concepción* con sus sagrados corazones y sus cálices y copones. Las pa-

lomas de la virgen de Fátima no se asustaban aunque sobásemos nuestras narices en el escaparate. La calle Escuderos exigiendo que pasásemos ante sus ojos para soplarnos algún biruje que se le escapaba al gallo de la torre de San Esteban que, a falta de huevos, imaginaba yo, ventoseaba para no hacerse de menos. El bar *La Suiza*, con Alberto, regentándolo y fumando una pipa que en vez de humo expelía cabreos esotéricos y gestos agrios que parecían reavivarse con el sonido de las campanadas del reloj de la Casa Consistorial. *Soteras* con todo lo necesario para una electricidad, que no es que acabara de inventarse, pero que aun andaba a gatas. Así se podrían ir enumerando tantos y tantos establecimientos que dibujaban la fisonomía de aquella Plaza, con los lápices que ofertaba la librería *Herranz* o *Mariano Alba* cambiando los plumines de las estilográficas. Dibujos que no evitaban desfiles y procesiones de las que dan perfecta cuenta las fotos que nos son dadas contemplar en el útero del Rodera Robles. La farmacia *Abella* y la confitería *El Alcázar*.... Como ven se me desca-balan los recuerdos y las emociones quisieran pasearse por las aceras de esa Plaza, para cruzar la



mirada de alguna colegiala que aprovechando los festivos, despertaban unos latidos de lo que solamente teníamos información a través de las películas que, aptas para menores, se proyectaban en el *Juan Bravo*, acompañadas de un emblema del *Auxilio Social*.

El silencio me avisa. Solo me queda desear el que todas estas antiguas fotografías bañadas en la humildad que propicia el que sean descubiertas por los ojos con los que los años convierten las dioptrías en visiones enriquecidas, den un pellizco en la parte más auténtica de quienes las contemplan, para certificar que cuanto se ha vivido nunca lo ha sido en balde.





Coordinación:

Juan José Bueno Maroto

Realización:

Juan Ignacio Davía San José

Con la colaboración de:

Juan Pedro Velasco Sayago, Ramón de Blas Recio y
Juan Francisco Sáez Pajares.

Impresión: Artes Gráficas Taller Imagen S.L.

Depósito Legal: SG.210/2011



MVSEO RODERA - ROBLES

www.rodера-robles.org